

Nadal, describen la evolución sociopolítica de la autonomía de las Islas Baleares. En el primero de ellos se analiza históricamente el paso desde la Diputación Provincial de las Islas Baleares (1812-1979) a los Consejos Insulares (1979-2003) y más tarde se hace un repaso desde la primera legislatura autonómica (1983-1987) hasta la quinta legislatura autonómica (1999-2003). Por último, se esboza una breve reseña sobre los inicios de la sexta legislatura. Los autores del otro artículo antes mencionado se centran directa y específicamente en realizar un estudio pormenorizado desde la primera legislatura autonómica hasta los comienzos de la sexta.

En definitiva, una obra que merece una valoración sumamente positiva por la riqueza que presenta en cuanto a la diversidad de análisis de ejemplos concretos -que además permiten realizar comparaciones-, sobre una temática de trascendental importancia en la realidad sociopolítica española actual.

Vicuña, Manuel, *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo.* Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 2001, 322 pp.

Por Leonardo Mazzei de Grazia
(Universidad de Concepción, Chile)

El trabajo de Vicuña se refiere a dos sujetos históricos, la elite o alta sociedad y, principalmente, las mujeres pertenecientes a ese rango. La elite estaba conformada por familias cuyo ascendiente social se remontaba al período tardo colonial o a décadas muy cercanas a la Independencia. “La hegemonía política -dice el autor-, el poder económico y la influencia social de ésta descansaron en redes de parentesco que la facultaron para conservar su posición de preeminencia en la cima de la pirámide social”. En tales redes, en contraposición al patriarcado imperante, la mujer jugó un papel fundamental. A pesar de que el cerrado mercado matrimonial tendió a abrirse con la conformación de matrimonios por mutuo consentimiento de los cónyuges, las madres siguieron influyendo en la elección de la esposa o del esposo, actuando como supervisoras de la reproducción social de su clase. La riqueza proveniente del salitre, después de la

Guerra del Pacífico (1879-83) determinó transformaciones en la estructura elitaria, apareciendo ahora la fortuna como elemento identitario de la preeminencia social, más que la antigua prosapia enraizada en la gran propiedad territorial. Esto conllevó un nuevo modo de vida, “marcado por el ocio sofisticado y el consumo conspicuo”.

El nuevo modo de vida que venía incubándose desde antes, se acentuó con la mayor disponibilidad de riqueza y aumentaron con ello los viajes a Europa, especialmente a París, el Grand Tour, símbolo paradigmático de la distinción social. Un caso ilustrativo, que se presenta en el libro, es el de Domingo Amunátegui Solar, quien se recibió de abogado en 1881. “Entre 1885 y 1886, vivió en París y viajó por Europa. Dada su condición social, apenas arribó a la metrópolis francesa recibió las atenciones no sólo de uno de sus tíos sino también de la amplia comunidad de residentes chilenos, de ajetreada vida social”. Pero no todo era ocio, sofisticación y diversión. También se preocupó de conocer el patrimonio arquitectónico parisino; de interesarse por los debates políticos; de conocer la Sorbonne; asistió a clases de estudios tan diversos como economía y medicina y estudió los planes y programas de la enseñanza secundaria francesa. Reflejaba, globalmente, lo que se ha denominado la tendencia europeísta, la admiración por Europa, no sólo de la elite chilena, sino de las elites latinoamericanas en general.

Pero, sobre todo, Vicuña se detiene en el análisis de la mujer de clase alta. Una y otra vez se refiere a la función que cumplió como reproductora social. Abundan las afirmaciones sobre ello. “Debido a su posición en el mercado matrimonial - señala, por ejemplo - las madres de clase alta fueron agentes activos en el sostenimiento de la sociedad oligárquica”.

Contrarresta la pregona ausencia de la mujer en las gestiones económicas y políticas, destacando que también ocurrió que tuvieran que asumir el cuidado de los negocios mineros y de las propiedades agrarias, ejercieran el comercio, efectuaran gestiones ante las autoridades y, aunque no tenían derecho a voto, contribuyeron a financiar campañas electorales de los conservadores. En suma, la clásica distinción entre la esfera pública masculina y la privada femenina, no fue rígida.

El autor analiza la sociabilidad femenina de la elite a través de sus instituciones: el Club de Señoras y otras organizaciones formadas por mujeres. El Club de Señoras, fundado en los comienzos

del siglo XX, es definido por Vicuña como un movimiento sociocultural orientado a la reformulación de las relaciones de género y filiales en el seno de la familia. Procuraba el desarrollo educativo y cultural de la mujer, postergado por el patriarcado dominante. Sus actividades comprendían “la educación literaria, musical y artística de las mujeres, el patrocinio de las artistas y escritoras con necesidad de estímulo y apoyo, amén del examen crítico de la posición de las mujeres al interior de la sociedad chilena”. Las conferencias y conciertos que ofrecía, no eran exclusivamente para las socias, admitiéndose a personas ajenas a la institución, tanto mujeres como varones. No se trataba, pues, de una organización femenina elitaria de carácter cerrado. Pero también, en una forma de sociabilidad de clase alta, organizaba recepciones y actos en honor de personalidades públicas, como el príncipe Humberto de Saboya y el presidente de la República, señor Arturo Alessandri Palma.

Un planteamiento interesante que aparece en la obra que reseño, es el objetivo asignado al progreso educativo y cultural de la mujer, en relación con la función que a ella correspondía en el matrimonio. Aunque se llegó a vincular al Club con el feminismo, no perseguía la obtención del derecho a sufragio de la mujer u otros propósitos de carácter feminista. Sus propios Estatutos enfatizaban que “Este Club no tendrá por objeto nada que se acerque a feminismo, a alejarnos de nuestras casas o a formar marisabidillas”. Es decir, ellas seguirían como “madre-esposas”, no se cuestionaba su rol doméstico. Pero expresado ahora en un sentido diferente, en que la instrucción de la mujer era presentada como un requisito “para el matrimonio entre compañeros y, por lo mismo, como una fuente de felicidad conyugal”. En palabras de una de las más destacadas integrantes del Club de Señoras, Martina Barros, “el esposo encontrará en su mujer (instruida) un confidente a la altura de su inteligencia, capaz de ayudarlo y sostenerlo en las coyunturas críticas”, reforzándose así la afectividad conyugal que se proyectaba a los hijos.

Otro de los aspectos interesantes analizados por el autor en el asociacionismo femenino, es el de la apertura que desarrollaron estas instituciones hacia otros sectores sociales, a diferencia del exclusivismo oligárquico de los patricios. En el caso del Club de Señoras, sus socias conscientes del progresivo adelanto cultural de la clase media urbana, invitaron a participar en sus foros a talentosos escritores y estudiantes pertenecientes a ese sector social, como una forma de reforzar la vida cultural de la elite. Por su parte, la Liga de Damas, institución de carácter conservador y confesional, apuntó más allá de la clase media ilustrada, estableciendo vinculaciones con sectores de trabajadoras, con el propósito de contribuir a paliar conflictos de clase. La visita de la librepensadora española Belén de Sárraga en 1913, había desencadenado la alarma, sobre todo por el masivo público, compuesto por mujeres y hombres, que repletó los auditorios en que expuso sus ideas.

En síntesis, Vicuña ofrece una visión distinta del cambio de siglo chileno. Otros historiadores se han preocupado de las deficientes condiciones de vida de los sectores populares y de las luchas reivindicativas del movimiento obrero, la llamada “cuestión social”. Novelistas e historiadores han denunciado el irresponsable desenfreno hedonista de la élite, que sin duda lo hubo y que el mismo título de la obra de Vicuña ratifica: una belle époque entendida como un “período de esplendor social circunscrito a los eventos de la alta sociedad”: Una belle époque chilena que no tuvo el final dramático de la belle époque francesa, que sucumbió con la Primera Guerra Mundial; en cambio en Chile terminó menos abruptamente, con el ascenso de la clase media que llegó a compartir, por los años 20, el poder político con la oligarquía. Estimo que el rasgo más distintivo y a la vez novedoso de la interpretación que expone el autor sobre el cambio de siglo, es el hilo conductor que guía su análisis: tal es la mujer de la elite, considerada como sujeto activo en la reproducción social de su clase y en las transformaciones que se produjeron.